

## Tiempo e identidad

En el verano de 2008, Joao Santos, productor de Mbari Música, contactaba conmigo para hacerme un encargo muy particular: me proponía hacer un disco de piano solo a partir de la música clásica española para piano del siglo XX.

La música española para piano del siglo XX no era un tema que yo tuviera muy presente en aquel momento, pero sí era un asunto lo suficientemente conocido para mí como para identificar el mundo sonoro tan particular que representa. Esta música abarca un corpus pianístico muy amplio y rico, poseedor de una identidad de conjunto perfectamente definida, aún con sus muchos matices. Una música que es una mezcla de pensamiento original con influencias de las técnicas exteriores de cada momento en que fue compuesta, muy cercana a, o saliendo de unas tradiciones folclóricas ancestrales y con un aire de *impromptu* o de música improvisada en el instante.

Debo reconocer que en un primer momento me quedé sorprendido por esta propuesta. Y más teniendo en cuenta que mi trabajo se centra principalmente en la improvisación libre, el *free jazz* y las técnicas ampliadas del piano contemporáneo.

Para enfocar el tema, Joao me hizo llegar un par de CDRs con una selección de música que había recopilado. Del inmenso abanico de posibilidades que conforma la música española para piano del siglo XX, Joao había seleccionado más de 40 piezas que compartían un cierto aire de familia: la mayoría eran fragmentos breves y ascéticos, más bien nostálgicos, en modos menores y tiempos lentos, que contenían elementos folclóricos determinantes basados en temas regionales españoles, a veces utilizando escalas no exactamente occidentales. La más pura esencia de lo que se denomina la *españolidad pianística*. O de una de sus facetas.

La escucha de esta música trajo inmediatamente a mi memoria recuerdos de mi juventud como estudiante de piano en Palma de Mallorca durante los años 60. Y reviví las fuertes impresiones que me causaron, entonces, estas músicas y otras parecidas de los grandes compositores españoles desde Isaac Albéniz hasta Frederic Mompou pasando por Manuel de Falla, entre otros,

todos ellos grandísimos pianistas. Y también, más tarde, la música de Carles Santos.

Mi primera reacción fue pensar: "esta música es fantástica y perfecta tal como es, no hay nada que se pueda añadir o variar, ¿qué puedo hacer con ella?".

Fue entonces cuando Joao me aclaró que no buscaba un disco de "Agustí Fernández toca ...". No quería nuevas versiones ni nuevos arreglos. Él pensaba que la música que me había enviado debía servir como un detonante para que mi imaginación se pusiera en marcha. Quería que escuchara este legado para abrazarlo, negarlo, cambiarlo o ignorarlo, a mi placer. Quería que hiciera música a partir de música, una música nueva acerca de música antigua. Que sugiriera una respuesta musical desde mi perspectiva de pianista improvisador del siglo XXI.

La vida de un músico profesional está llena de un sinfín de actividades varias: ensayos, conciertos, grabaciones, clases, etc., pero sobre todo está llena de viajes y mucho "tiempo muerto" en los desplazamientos. Y en estos momentos perdidos empecé a escuchar de nuevo los temas que me había enviado Joao.

De vez en cuando escuchaba la música, sin ideas preconcebidas, simplemente escuchaba, sin objeto ni intención. La escucha es siempre una actitud, un abrirse al exterior, una espera, una especie de auscultación de la vida.

Poco a poco, y después de sucesivas escuchas, había algunos detalles que me iban llamando la atención y que empezaban a provocarme sensaciones más intensas. Como, por ejemplo, un giro melódico que creía reconocer por haberlo escuchado antes en otro lugar, o eso imaginaba. O un esbozo de arpeggio que no acababa de ser. O un enlace entre dos acordes que despertaba unos armónicos superiores insólitos durante una modulación.

En estos pequeños detalles yo creía percibir o intuir un eco lejano, una luz antigua, una chispa de verdad más allá de cuestiones de autor, estilísticas o de época. Estos pequeños detalles que resonaban en mis oídos no eran exactamente piezas o partes de piezas de música. Eran simples detalles que carecían de interés fuera del contexto donde estaban colocados. Pero para mí ellos constituían una especie de hilo oculto o enlace entre algunos de los temas que escuchaba y otros que yo recordaba.

El siguiente paso consistió en sentarme al piano y dejar que mis dedos se familiarizaran con estos pequeños elementos jugando con ellos. Y poco a poco, a partir de estas pequeñas semillas musicales aisladas y descontextualizadas, se fueron tejiendo a su alrededor improvisaciones que iban tomando formas y caracteres muy diferentes. La exploración y repetición continuada al piano del material elegido acabó por definir unas piezas concretas, unos "campos de acción" o "campos de juego".

Porque pienso en las piezas de este disco no tanto como composiciones sino como "campos de acción" en vibración, abiertos, no cerrados. Espacios sonoros concretos que me permiten entrar en ellos, jugar en ellos y con ellos, disfrutarlos y dejarlos ahí, hasta la próxima ocasión, en que todo será diferente. Para mí, las músicas que hay en este CD se han convertido casi en espacios físicos donde, como decía Antonio Machado acerca de la poesía, "los seres se hacen estares".

Estos temas, confeccionados a partir de añicos ajenos, son trozos de verdades compartidas, ecos quizás de una memoria antigua y anterior a mí. Su escucha, todavía, sólo me suscita preguntas: ¿desde cuándo suenan este intervalo, esta cadencia, este adorno? ¿de dónde vienen? ¿a dónde van? ¿qué nos dicen acerca de nosotros? ¿por qué estos sí y otros no?.

En este sentido soy plenamente consciente de que las piezas de este disco son ecos de otras músicas. Probablemente, éstas sean a su vez ecos de otros ecos. Ecos que destacaron por cualquier razón sobre un ruido de fondo primigenio y que acaso revelan una dimensión oculta y misteriosa, agazapada en sus pequeños recovecos armónicos. Sonidos que moldean nuestra percepción y que acaso nos hablan de cómo escuchamos, de cómo vivimos, de cómo somos.

Estos sonidos que nos atraviesan recorren laberintos ancestrales en nuestro interior, despertando sensaciones, evocando recuerdos, provocando visiones. Somos unos ignorantes del porqué suceden las cosas, si es que existe un porqué. Únicamente podemos dejar testimonio de que ciertas cosas suceden, o nos suceden. Nadie nace enseñado, hacemos las cosas para aprender a hacerlas y vivimos para aprender a vivir. Y, muy probablemente, los músicos hacemos música para aprender de ella y con ella.

El gran poeta español José Ángel Valente me dijo en una ocasión: "Fíjate, Agustí, que las tres

memorias - la personal, la colectiva y la matérica - no son sino una y la misma". El título "El laberint de la memòria" (el laberinto de la memoria, en catalán) alude a la arcana memoria que arrastran consigo los sonidos que conforman la música que hacemos y que la mayoría de veces no somos capaces de detectar. Creo firmemente que esta memoria inherente excita en nosotros las otras memorias de que hablaba Valente, aunque la mayoría de veces sea a un nivel puramente inconsciente.

Desde que Joao contactó conmigo hasta que este disco ha estado terminado han pasado más de dos años, un largo intervalo. Pero finalmente, esta música, por extraño que pueda parecer dado el proceso que me ha llevado hasta ella, habla también de mi memoria, de mis recuerdos, de mi vida. Porque tocamos a partir de lo que recordamos y sólo recordamos lo que hemos vivido.

Agustí Fernández

Octubre 2010